

Dos jóvenes mártires de Cristo Rey

Luis Alfonso Orozco, L.C.

Doctor en Teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

1. Dos mártires de Cristo Rey

Unidos en el martirio, amigos de Jesús

Son dos historias paralelas, dos testimonios de vida conmovedores, porque se trata de dos jóvenes mártires de Cristo que murieron por confesar su fe católica en países y momentos diversos. Con veintidós años de vida el español y catorce el mexicano, padecieron el martirio por mostrarse fieles a su vocación de discípulos de Jesús en tiempos difíciles: tiempos de persecución sangrienta. Ambos han sido ya elevados a la gloria de los altares.

Llama la atención el hecho de que se trataba de dos chicos muy normales y corrientes que vivieron uno en España y otro en México, bajo situaciones similares en tiempos de persecución religiosa. Tienen muchas cosas en común: ante todo la juventud. 14 años cumplidos José Sánchez del Río, cuando ha dejado apenas de ser niño para comenzar a soñar con grandes ideales. Francisco Castelló Aleu contaba con 22, era un ingeniero con un brillante y estaba comprometido en un feliz noviazgo.

Ambos profesaban un grande y profundo amor por Jesús que les venía de la fe cultivada en sus familias; un amor y fe en Él que los hizo intrépidos y valientes hasta dar la vida como mártires antes que traicionarlo. Conocían y practicaron con sus obras aquella sentencia imperecedera de Jesús: “nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Juan 13,15). Ellos no traicionaron su amistad cuando llegó el momento de la prueba suprema.

Más cosas en común

Vivieron en circunstancias históricas dramáticas que les tocó en suerte sin haberlas ellos escogido. José creció en el México turbulento de la revolución y agitado por la persecución violenta contra la Iglesia, de las décadas 20 y 30 del pasado siglo. Persecución culminada con la guerra de los cristie-

ros en defensa de la fe y de sus legítimos derechos. Francisco, por su parte, vivió la tragedia de la guerra civil española, con la cruel persecución desatada contra la Iglesia en la que cayeron asesinados como mártires multitud de sacerdotes y de seglares católicos, sólo por el hecho de serlo y sin ninguna connotación política. En cierto modo, Francisco Castelló es una de las víctimas más excelentes de la tragedia española, por el hecho de tratarse de un joven brillante y de un corazón noble, puro y generoso, que miraba de frente a la verdad. El retrato que de él se conserva, joven veinteañero, denota todos estos rasgos propios de un carácter limpio y atrayente.

2. Francisco de Paula Castelló Aleu

Francisco nació en Alicante el 19 de abril de 1914. Su familia se había trasladado allí por motivos laborales, pero a los dos meses de su nacimiento murió su padre. La madre con los tres hijos: Teresa, María y Francisco, retornó a Lérida (Lleida) donde tenía familia y casa. El pequeño Francisco recibió la primera instrucción de su madre que era maestra en Juneda, y allí recibió la Primera Comunión, cuando tenía diez años en 1924. Pocos años después en 1929, allí murió su madre. Los tres hermanos huérfanos quedan entonces bajo el amparo de sus familiares.

Cursó el bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas de Lleida (1924- 1930). Más tarde se fue a estudiar a Barcelona, al Instituto Químico de Sarriá (1930- 1933). Allí tuvo como compañero de estudios al jesuita Román Galán que influyó en su vida espiritual. Francisco se destacó pronto por ser un joven inteligente y profundamente religioso. Puso sus talentos al servicio del apostolado, primero en Barcelona y más tarde en Lleida con los pobres del Canyeret, así como con los obreros de la Casa Cros donde trabajaba como ingeniero químico.

Condenado a muerte sólo por ser católico

A sus veinte años de edad, las cosas marchaban bien para Francisco, aunque la situación social y política en España se enrarecía cada vez más hasta estallar en los desórdenes violentos del otoño de 1934 en Asturias y Barcelona, que culminaron después con la guerra civil del verano de 1936 en todo el país. Francisco miraba su entorno con preocupación, siendo Cataluña una de las regiones que pronto se distinguieron por el feroz odio antirreligioso.

Pero también dirigía su mirada más allá, pues proyectaba casarse y fundar una familia: estuvo prometido con su novia María Pelegrí, de la cual

los acontecimientos le arrebataron violentamente cuando le llevaron prisionero a declarar ante el comité de izquierdas, simplemente por su condición de joven católico. A ella le dedicará, horas antes de morir fusilado, una conmovedora carta que es un testamento de fe, amor y valentía.

Francesc también fue miembro de la Congregación Mariana, de la Acción Católica y posteriormente de la “Federació de Joves Cristians de Catalunya”. Su militancia católica le hizo blanco de resentimientos por los enemigos de la fe, por lo que muy pronto en julio de 1936, apenas estallada la guerra, ingresó en la cárcel donde estuvo diez semanas y de la cual no salió sino a la muerte. A sus 22 años, este joven brillante y sano de alma y cuerpo, se enfrenta ante el momento supremo y más difícil: confesar su catolicismo, dar testimonio público de su fe ante el Tribunal Popular o callar su condición de católico y quedar quizá libre por un tiempo pero con la tacha —impensable para él— de haber traicionado a Cristo. Así pues, a las preguntas del tribunal anti cristiano que le juzgaba Francisco respondió con un rotundo “Si, soy católico”, que le valió la pena de muerte.

Llega el momento supremo

Para los hombres de aquel tribunal popular envenenado por la ideología anticristiana no había más que declarar: el reo había confesado su “delito”. Lo llevaron de nuevo a la prisión con su sentencia de muerte firmada. Francisco murió mártir en el cementerio de Lleida a las 11,30 de la noche del 29 de septiembre de 1936. En la prisión pocas horas antes de que se ejecutara su pena de muerte, dejó escritas tres cartas que son un testimonio admirable de fe, de amor y valentía. Respiran una alegría y esperanza en el premio eterno que le esperaba, propio sólo de los mártires amigos fieles de Cristo de todas las épocas. Son tres cartas dirigidas la primera a su tía y hermanas, otra a su director espiritual y la tercera a su prometida. Breves líneas que en su brevedad son unas joyas literarias y edifican al lector por la fuerza espiritual que emanan.

Los restos mortales de Francesc quedaron enterrados junto con los de otros cientos de mártires y víctimas de la persecución, en el cementerio de Lleida. Años después, en 1958, el obispado de Lleida inicia la Causa de Beatificación que terminará felizmente el 11 de marzo de 2001 en Roma con la declaración de Beato por el Papa Juan Pablo II, el pontífice polaco que beatificó y canonizó a más de 1400 mártires, la mayoría de ellos españoles. La fiesta litúrgica del beato Francisco Castelló Aleu se celebra el 28 de sep-

tiembre. (*La información procede en base a los datos tomados sobre el mártir, del Obispado de Lleida*).

“No menos edificante fue el testimonio de los demás mártires, como el joven Francisco de Paula Castelló Aleu, de veintidós años, químico de profesión y miembro de la Acción Católica que, consciente de la gravedad del momento no se escondió, más ofreció su juventud en sacrificio de amor a Dios y a los hermanos” (Juan Pablo II, en la homilía de su beatificación, 11 de marzo de 2001).

3. José Sánchez del Río, mártir de Cristo Rey

José murió gritando “¡Viva Cristo Rey!”

Ocho años antes del martirio de Francisco, al otro lado del Atlántico en México, un muchacho de apenas 14 años moría como mártir por confesar su amor a Jesucristo. Corría el mes de febrero de 1928 durante la cruel persecución desatada por el gobierno masón de Plutarco E. Calles contra los católicos mexicanos. José era un jovencito provinciano de un pueblo del estado de Michoacán, que semanas antes con 13 años se había integrado con un grupo de defensores de la fe, los llamados cristeros. Aún no tenía la edad para portar el fusil pero ayudaba como podía a los cristeros de su zona natal en el occidente del estado de Michoacán, en el centro occidente de México que es una de las zonas más católicas del país.

Es muy corta la biografía de este muchacho, pues en apenas catorce años no tenía suficiente edad para haber hecho nada importante con su vida, pero es muy grande, asombroso y admirable el testimonio de fe y valentía que iba a dejar — sobre todo en los tres últimos días de su vida terrena— cuando le llegó el momento supremo que truncó su joven existencia. José llevaba unas cuantas semanas desde que se incorporara a un grupo de los cristeros, defensores de la fe. Y poco después de haber cumplido los 14 años cayó prisionero junto con una tropa de cristeros en un combate en las montañas contra los soldados federales.

Durante la Revolución Mexicana

José había nacido el 28 de marzo de 1913 en la población de Sahuayo, Michoacán, siendo hijo de Macario Sánchez y María del Río. En la Iglesia parroquial de su pueblo recibió el bautismo, el 3 de abril del mismo año, y allí mismo recibió los sacramentos de la confirmación y comunión años

después. José fue un niño travieso y alegre como todos los niños. Jugaba a las canicas, corría con sus amigos por las calles empedradas del pueblo y se iba al campo a cazar palomas con trampas. Su afición a los caballos y a la vida campestre le fue normal desde pequeño, como a los demás chicos de Sahuayo. En su casa conoció la austeridad y el trabajo desde pequeño, pero sobre todo creció rodeado de la unidad de su familia y de los valores cristianos que dan sentido a la vida: la fe, la honradez, la caridad hacia propios y extraños; valores concretados en una piedad sólida que le transmitieron sus padres. Desde que hiciera su Primera Comuni3n, José haba tomado la decisi3n de cultivar una amistad sincera y fiel con Jes3s.

Jos3 haba nacido dentro del amplio periodo conocido como la *Revoluci3n Mexicana*: aquella fue una 3poca muy difcil para las familias y los pueblos y ciudades de todo el pa3s, por los episodios de violencia constante que se desarrollaban entre las diversas bandas de revolucionarios que se disputaban el poder y que recorr3an el pa3s de norte a sur en sus veloces caballadas o montados en trenes atestados de sombrero de sombrero con sus carterillas de cartuchos cruzados al pecho.

En aquellos tiempos la muerte se vea con m3s naturalidad y familiaridad que ahora: no era raro que al llegar la noche los vecinos escuchasen las balaceras y los gritos de los revolucionarios, acompa3ado del ir y venir de sus caballos. Se o3an sus relinchos mientras su jinete disparaba o ca3a muerto. Por la ma3ana, las mujeres que iban a misa y los hombres que sal3an a sus labores en el campo pod3an f3cilmente encontrarse con cad3veres de revolucionarios o tambi3n de gente pac3fica, en el arroyo de la calle empedrada o detras de alguno de los portales de la plaza. Por eso la gente era m3s religiosa y se preocupaba por estar preparada para dar el paso a la vida eterna, que en asegurarse un porvenir entre las cosas inestables del mundo.

Cuando Jos3 ten3a 12 a3os estall3 la guerra de los cristeros, o sea, el alzamiento de aquellos campesinos y j3venes de la Acci3n Cat3lica Mexicana que lucharon en defensa de sus m3s sagrados derechos contra las leyes totalitarias e injustas del gobierno federal. La regi3n donde 3l viv3a era cien por cien cristera y desde el inicio del alzamiento, los hombres y mujeres de Michoac3n se distinguieron por su defensa valiente de la fe y sus derechos humanos m3s elementales, como es la libertad religiosa.

“¡Quiero ser cristero!”

Jos3 vea a los valientes cristeros que pasaban veloces en sus caballos por las calles de su pueblo, les o3a gritar con gallard3a: ¡Viva Cristo Rey!, ¡Vi-

va la Santísima Virgen de Guadalupe!, escuchaba asombrado los relatos que contaban los mayores de sus hazañas en el campo contra los perseguidores de Cristo. Dos de sus hermanos mayores ya se habían alistado en las filas del *Ejército Libertador* (así se llamaban inicialmente a sí mismos los cristeros). ¡Él también soñaba en irse con ellos para defender los derechos de Cristo Rey! Pero había un problema: sus padres no se lo permitían, debido a su corta edad. José no se desanimó y tanto les insistió que por fin, con apenas 13 años, logró que le permitieran enrolarse en las fuerzas cristeras que luchaban al mando del general Prudencio Mendoza, jefe de los cristeros de la zona de Cotija y sus alrededores.

El General Mendoza viendo la resolución y ánimos de José por ser cristero, lo admitió finalmente en la tropa. No le fue permitido usar armas, pero sirvió como ayudante de los soldados cristeros. José era bastante apreciado en la tropa cristera porque desde el inicio se distinguió por su servicialidad. Se le veía por todos lados del campamento, engrasando las armas, friendo los frijoles de la comida, cuidando que a los caballos no les faltara agua y pastura. A su madre, que con razón se oponía a sus deseos de ir a la lucha, debido a su corta edad, José le respondía: “Mamá, nunca ha sido tan fácil ganarse el cielo como ahora”.

El General Prudencio Mendoza se movía con sus cristeros por diversos puntos de Michoacán para emprender acciones de guerra, y viendo que era muy peligroso para la corta edad de José lo dejó a las órdenes y cuidado del jefe cristero Luis Guízár Morfín, y José le sirvió como ayudante de campo. Desde el primer momento que entró como cristero, José se mostró valiente y leal con sus jefes, participando en la vida de privaciones que llevaba la tropa, durmiendo a veces en cuevas o en medio de tupidos bosques y comiendo la escasa comida compuesta de frijoles y tortillas, muchas veces endurecidas y frías, pues no siempre era posible preparar fogatas para calentar con calma los alimentos. Con los demás cristeros, José rezaba todas las noches el Santo Rosario a María Santísima, antes de acostarse y descansar de la dura jornada. Era una vida de sacrificios y privaciones, hechos por amor a Cristo Rey y su Madre Santísima, la Virgen de Guadalupe.

“¡Pero no me he rendido!”

Así iban las cosas, cuando el 5 de febrero de 1928, durante el transcurso de un combate entre los cristeros y fuerzas federales en las inmediaciones de Cotija, el caballo del jefe Guízár Morfín resultó muerto de un balazo. Entonces, el valiente niño cristero saltó de su montura y se la ofreció a su

jefe dirigiéndole estas palabras: “Mi general, aquí está mi caballo. Sálvese usted aunque a mí me maten. Yo no hago falta y usted sí”.

El jefe Guízar Morfín pudo ponerse a salvo, pero quedó muy conmovido por su gesto de valentía y generosidad. Como era de prever, José quedó hecho prisionero al igual que otros cristeros y los condujeron maniatados a Cotija. Allí se encontraba el General callista Guerrero, quien lo reprendió por combatir contra el Gobierno. José le replicó: “Me han aprehendido porque se me acabó el parque, pero no me he rendido”.

Con él también cayó prisionero otro muchacho algo mayor de nombre Lázaro, quien finalmente salvó la vida. Los llevaron prisioneros primero a Cotija y después a su natal pueblo de Sahuayo, donde José murió al cabo de tres días martirizado en febrero de 1928 por no renegar su fe en Cristo. Murió un viernes por la noche, después de varias horas de tortura dando un ejemplo enorme de valentía y con el grito de los mártires mexicanos en los labios, ¡Viva Cristo Rey!

Al día siguiente, el cementerio estuvo custodiado por los soldados ya que gente del pueblo quería hacerse cargo del mártir. Sin ataúd y sin mortaja recibió directamente las paladas de tierra. El panteonero Luis Gómez —testigo ocular del martirio— pidió una sábana, desenterró el cuerpo, lo amortajó con la sábana y lo volvió a enterrar. Años después la mamá de José y María Van Dick —cuñada— y Sabina Gómez exhumaron los restos y los limpiaron, llevándolos a las criptas del Sagrado Corazón. Cuando se inició el proceso de beatificación, fueron trasladados al bautisterio de la parroquia de Santiago Apóstol, en Sahuayo, lugar donde estuvo encarcelado y de donde salió hacia su martirio.

Beatificación

El Obispo de Morelia, Alberto Suárez dio inicio al proceso de beatificación de José el 25 de abril de 1996 y el 25 de octubre del mismo año se envió la documentación a Roma. Casi una década más tarde, el 22 de junio del 2004 se publicó el reconocimiento oficial de la Iglesia de su martirio. José Sánchez del Río fue beatificado el 20 de noviembre de 2005, fiesta de Cristo Rey, en Guadalajara, México, junto con otros 12 mártires sacerdotes y laicos de aquella persecución contra la Iglesia en México. Entre estos beatos se encuentra también el claretiano español, padre Andrés Solá Molist, que estaba destinado como misionero en México. Forman un grupo excelente de mártires de Cristo Rey y de Santa María de Guadalupe.

El secreto de José

José tenía un “secreto” muy sencillo y consistía en que el día de su primera comunión, cuanto era un niño de 9 años de edad, le había prometido solemnemente a Jesús que sería su amigo y que le permanecería fiel siempre y en toda circunstancia. José obviamente no imaginaba que muy pocos años después iba a concluir su existencia terrena, porque Dios le había tomado la palabra concediéndole el don y la vocación al martirio.

Mártir santo

El milagro aprobado para dar paso a su canonización consiste en la curación de un bebé de cuatro meses de edad que tuvo un 90% de muerte cerebral. Sus posibilidades de sobrevivir eran escasas y aun si sobrevivía, su condición no sería favorable. Alguien aconsejó a sus familiares que pidieran la intercesión del joven mártir por la salud del bebé. Se celebró una Misa, en la que participaron la madre de la pequeña y niños de la catequesis, donde pidieron la especial intercesión del beato José Sánchez del Río. A partir de entonces, después de la Misa y cuando llegó el momento en que desconectaron a la niña, su mejoría ha sido tan evidente que, incluso hoy no muestra secuelas. La niña se llama Ximena Guadalupe y vive con su madre, Paulina Gálvez, natural de Sahuayo.

En enero de 2016 el Papa Francisco, atendiendo a los informes de la Congregación de las causas de los santos en Roma, firmó el decreto que autorizaba la canonización de un grupo de beatos mártires de Cristo, de diversas procedencias. Entre ellos se encuentra José Sánchez del Río y esta noticia ha sido una gran alegría y un regalo del Papa Francisco, quien realizó su primer viaje apostólico a México, en febrero de 2016. José Sánchez del Río fue canonizado solemnemente en Roma, el 16 de octubre de 2016, por el Papa Francisco, junto a otros seis nuevos santos de la Iglesia católica.

4. Las cartas desde la prisión

Otro dato estupendo que aúna a estos dos jóvenes mártires de Cristo y que habla del temple de sus almas de héroes son las breves cartas que cada quien tuvo tiempo de escribir en la prisión, apenas a unas pocas horas de consumarse su sacrificio. La psicología muestra que la conciencia de un condenado a muerte puede encontrarse turbada en un mar de angustia, de miedo o de malos pensamientos ante lo irreparable que se le viene encima. En esos momentos no está para escribir cartas o mensajes, pues no cuenta con la serenidad mental y anímica para hacerlo.

Pero en la mente y corazón de estos jóvenes mártires de Cristo, a unas pocas horas de su muerte, sólo había pensamientos positivos de esperanza, de amor por sus seres queridos quienes más sufrían por su pérdida, e incluso de perdón por sus verdugos. ¿Cómo se explica, es esto normal? Tal clarividencia de ánimo sólo puede darse en un corazón que vive en paz gracias a la presencia de Cristo y a la fe de la gloria eterna que se le abre. La lectura atenta de las breves pero admirables cartas de José y de Francisco, desde la prisión, son la prueba de esta verdad de fe, que está muy por encima de las posibilidades de cualquier psicología o ciencia humana. La seguridad y paz que transmiten en sus letras no se explica humanamente hablando.

Las cartas de José Sánchez del Río

El muchacho cristero fue llevado cautivo primero a la población de Cotija, Michoacán, donde permaneció encarcelado largas horas. Desde allí José escribió con lápiz esta carta a su madre:

Mi querida mamá: fui hecho prisionero en combate en este día. Creo que en los momentos actuales voy a morir, pero no importa, mamá. Resígnate a la voluntad de Dios; yo muero contento porque muero en la raya al lado de nuestro Dios. No te apures por mi muerte, que es lo que me mortifica, antes dile a mis otros hermanos que sigan el ejemplo que su hermano el más chico les dejó; y tú, haz la voluntad de Dios; ten valor y mándame la bendición juntamente con la de mi padre. Salúdame a todos por última vez y tú, recibe por último el corazón de tu hijo que tanto te quiere y verte antes de morir deseaba: José Sánchez del Río.

Por dos veces señala a su madre que se resigne pues es *la voluntad de Dios* que José está cumpliendo. Son frases superiores a las de un muchacho de su edad, que a los 14 años no puede tomar decisiones tan importantes sobre sí, pero en el caso del mártir mexicano expresan una madurez y seguridad que sólo le podían venir de la fe en Dios y por la causa porque moría: *yo muero contento porque muero en la raya al lado de nuestro Dios*. La misma idea y seguridad de ánimo, impropia para su edad, la transmite al final de la carta que dirige a una de sus tías, quien al igual que todos los que las tuvieron después en sus manos, quedaría impactada por la valentía y aplomo de su joven sobrino *José Sánchez del Río, que murió en defensa de la fe*.

Cuando se había dado ya la sentencia de muerte contra él, José escribió su última carta y la dirigió a una de sus tías:

Sahuayo, 10 de febrero de 1928. Querida tía: Estoy sentenciado a muerte. A las ocho y media de llegará el momento que tanto he deseado. Te doy las gracias por todos los favores que me hiciste tú y Magdalena. No me encuentro capaz de escribir a mi mamá: tú me haces el favor de escribirle. Dile a Magdalena que conseguí que me permitieran verla por última vez y creo que no se negará a venir [nдр: para que le llevase la Sagrada Comunión], antes del martirio. Salúdame a todos y tú recibe como siempre y por último el corazón de tu sobrino que mucho te quiere... Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera y Santa María de Guadalupe. Firmado: José Sánchez del Río, que murió en defensa de la fe.

Las cartas de Francisco Castelló Aleu

Francisco alcanzó a redactar tres breves y emotivas cartas de despedida a sus seres queridos, a las cinco personas que más quería: su familiares, dos hermanas y una tía, otra para su prometida María o Mariona —como él la llamaba— y una tercera carta para un Jesuita, su amigo y director espiritual. En ellas les anima, les conforta para que no se aflijan con su muerte, les da consejos e incluso en la que dirige al sacerdote da unos apuntes rápidos acerca de un cierto compresor de amoníaco, además de prometerle la libreta de sus inventos.

¡La carta de un condenado a muerte, que se preocupa por unos consejos de ciencia a un amigo! Se ve que Francisco murió como había vivido: pensando en el bien de los demás y no preocupado por sí mismo. Allí detrás hay mucha virtud, que además del hecho de morir como mártir, le acreditan para ser considerado como un santo auténtico. Vale la pena leer y reflexionar con calma en cada una de las tres cartas, pues son un tesoro y ahora también de las reliquias más apreciadas del joven mártir de Cristo.

A su prometida María Pelegrí:

Querida Mariona: Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A Él le ofrezco, con toda la intensidad posible, el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero. Siento tu desgracia, no la mía. Puedes estar orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona! Me sucede una cosa extraña. No puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo. Todo yo estoy envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria. Querría hablarte de lo mucho que te habría querido, de las ternuras que te tenía reservadas, de lo felices que habríamos sido. Pero para mí todo esto es secundario. Tengo que dar un gran paso. Una cosa quiero decirte: cástate, si puedes. Desde el cielo yo

bendeciré tu unión y tus hijos. No quiero que llores, no quiero. Espero que estés orgullosa de mí. Te quiero. No tengo tiempo para nada más. Francisco.

A sus hermanas Teresa y María y a su tía María:

Queridas: Acaban de leerme la pena de muerte y jamás he estado tan tranquilo como ahora. Tengo la seguridad de que esta noche estaré con mis padres en el cielo. Allí os esperaré. La providencia de Dios ha querido elegirme a mí como víctima de los errores y pecados cometidos por nosotros. Voy con gusto y tranquilidad a la muerte. Nunca como ahora tendré tantas probabilidades de salvación. Ya se ha terminado mi misión en esta vida. Ofrezco a Dios los sufrimientos de esta hora. No quiero en modo alguno que lloréis por mí: es lo único que os pido. Estoy contento, muy contento. Os dejo con pena a vosotras, a quienes tanto he amado, pero ofrezco a Dios este afecto y todos los lazos que me retendrían en este mundo. Teresa: ¡Sé valiente! ¡No llores por mí! ¡Soy yo quien ha tenido una suerte inmensa, que no sé cómo agradecer a Dios! He cantado con toda propiedad el “Amunt, que és sols camí d’un dia” (“Arriba, el camino es solo de un día”). Perdona las penas y sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores por mí, ¿oyes?. María: Pobre hermanita mía: También tú serás valiente y no te agobiará este golpe de la vida. Si Dios te da hijos, les darás un beso de mi parte, de parte de su tío, que los amará desde el cielo. A mi cuñado, un fuerte abrazo. Espero de él que será vuestra ayuda en este mundo y sabrá sustituirme. Tía: en este momento siento un profundo agradecimiento por cuanto usted ha hecho por nosotros. Nos encontraremos en el cielo dentro de unos años. Sepa Ud. gastarlos con toda clase de generosidades. Desde el cielo rogaré por usted éste que le quiere tanto. Saludos a Bastida, a la señora Francisqueta, a los “didos”, a Pedro, a Puig, a López, a los queridos compañeros de la Federación que no quiero nombrar. A todos los amigos decíles que muero contento y que me acordaré de ellos en la otra vida. A los Foles, a los tíos de Vallmoll, a los del Jardí, a Carlos, a los de Alicante, a los de Pravia, a los de Sarriá. A todos, mi afecto. Francisco.

Al P. Román Galán S.J. amigo y director espiritual:

Querido Padre: Le escribo estas letras estando condenado a muerte y faltando unas horas para ser fusilado. Estoy tranquilo y contento, muy contento. Espero poder estar en la gloria dentro de poco rato. Renuncio a los lazos y placeres que puede darme el mundo y al cariño de los míos. Doy gracias a Dios porque me da una muerte con muchas posibilidades de salvarme. Tengo una libreta en la que apuntaba las ideas que se me ocurrían (mis inventos). Haré porque se la manden a Ud. Es mi pobre testamento intelectual.

tual. Fíjese en el compresor de amoníaco. El HG puede sustituirse por un líquido cualquiera, en circuito cerrado, las válvulas por válvulas metálicas y la presión por una simple bomba centrífuga con presión. Le estoy muy agradecido. Rogaré por Ud. Recuerdos a los de Pravia. Francisco Castelló.

Mención especial merece la carta de Francisco dirigida a su novia Mariona: “Querría hacerte una carta triste de despedida, pero no puedo”. La carta a su prometida María parece que es la última que redactó de las tres, según la frase final de “no tengo tiempo para nada más”, pero aquí la coloco en primer lugar del elenco por la belleza particular que emana, como un perfume de amor puro a su novia (“el amor que te profeso, mi amor intenso, puro y sincero”); un canto de alegría sobrenatural y de fe ante el cielo que le espera abierto en muy pocas horas: “No puedo sentir pena alguna por mi suerte. Una alegría interna, intensa, fuerte, me invade por completo. Todo yo estoy envuelto de ideas alegres como un presentimiento de gloria”.

Estas no son palabras de un loco o de un desesperado al que le arrebatan la vida, sino de un hombre fuerte, seguro de sí y de lo que le espera después de la muerte: la eternidad. “Pero para mí todo esto es secundario. Tengo que dar un gran paso”. El gran y definitivo paso al que Francesc se había ido preparando durante su vida, fruto de su amor y amistad con Cristo, y que por eso no le cogió desprevenido. El paso a la eternidad es algo que no se improvisa. No se ve ni una sola palabra de reproche por la vida que le arrebatan injustamente, ninguna queja por su suerte o condena alguna para los que le van a fusilar. Su pensamiento está en Dios y su despedida conmovedora en sus seres queridos a quienes deja en la tierra, con su pena pero con el santo orgullo de contar con un prometido y un hermano de alma gigante.

Y finalmente su despedida a María: “Espero que estés orgullosa de mí”. Es una lástima que no conozcamos la reacción de su familia y la de su prometida después de leer esta joya de testamento espiritual; la fortaleza de ánimo que les habrá infundido en medio de su pena, y lo orgullosa que estaría en verdad Mariona al haber convivido algunos años con un joven tan admirable. El hecho de que las cartas se hayan conservado y llegado hasta nosotros ya es significativo y hablan de su valor como un tesoro de fe y de altos valores para todos los jóvenes, en especial.

5. Francisco y José: dos fieles amigos de Jesús

España y México son dos naciones hermanas, de raíces hondamente católicas, con historias diferentes pero culturas afines. Gracias a la fe y el

amor a Cristo y a la Virgen María llevada de la primera a la segunda, ambas naciones poseen muchas cosas en común. También les une el hecho de contar con muchos mártires seculares. Los mártires mexicanos y los mártires españoles que han sido elevados a los altares por la Iglesia, no por el hecho de que fueron víctimas de la guerra cristera y de la guerra civil, respectivamente, sino porque murieron como mártires de Cristo, dando testimonio público de su fe y perdonando a sus perseguidores.

José y Francisco vivieron en países diversos, en décadas cercanas, hablaban el mismo idioma mas no se conocieron en la tierra. Lo que hace tan atractivas y edificantes sus historias -para los jóvenes y no tan jóvenes- es que tomaron muy en serio su vocación cristiana a la santidad recibida a partir de las aguas del bautismo, y que creció y se fortaleció en la familia. Vivieron preparados para los tiempos de tempestad violenta, que ellos no eligieron pero que les cupo en suerte vivir.

En el cielo se encuentran juntos para toda la eternidad, con todos los santos y ángeles de Dios, mientras que aquí en la tierra nos dejan un ejemplo luminoso de vida para todos los creyentes que desean ser fieles a Cristo y que deben remar contra corriente de las tendencias antievangélicas que propone el mundo. Jesús ha sido el grande Tesoro que ambos muchachos cultivaron; su Amistad fue su mayor bendición, la perla preciosa evangélica por la que “vendieron todo lo demás”, y por lo mismo nos dejan un luminoso testimonio de vida y de valentía en especial para los jóvenes de hoy que quieran vivir su vocación cristiana sin complejos ni miedos.

Vocación de mártires

Podemos preguntarnos qué fue lo que movió a José y Francisco a dar sus vidas, a sus 14 años de edad el primero y 22 el segundo, con toda la fuerza de la juventud en sus venas y el ímpetu de los grandes ideales en su corazón. Ofrecieron su vida por mantenerse fieles a Jesucristo, su Amigo, amistad por la que le seguirían hasta la muerte, si era preciso. Ciertamente, Dios los escogió a ellos para la vocación al martirio de sangre, porque las circunstancias en que le tocó vivir en el México y la España de aquellos años eran de odio y persecución abierta contra la Iglesia.

Tanto José como Francisco se mantuvieron fieles a Cristo Rey, en lugar de llevar una vida mediocre y sin riesgos, prefirieron afrontar las torturas en vez de ocultarse por miedo o de mentir para salvar la vida, cuando los enemigos les hicieron prisioneros. Otro rasgo importantísimo: ambos fueron fieles a su conciencia y a su palabra de fidelidad para no delatar a sus

compañeros, porque la fortaleza de Cristo lo sostuvo durante las duras horas de la prueba. Ellos fueron fieles a Cristo hasta el último minuto de su vida y merecieron la corona del martirio, porque amaban a Cristo Rey como a su mejor Amigo.

Temple de mártires

Lo más probable es que a nosotros Dios no nos pedirá derramar la sangre ni sufrir torturas alucinantes por mantenernos fieles a nuestra condición cristiana en medio de un mundo agresivo y contrario a los valores en que creemos. Es verdad que no vivimos en las mismas circunstancias del martirio sangriento, como tocó a José en la época de los cristeros. Pero también hoy se ataca a Cristo, a la Iglesia y al Papa, y se hace burla o desprecio de los valores más preciosos con que cuenta la juventud y la familia, como el derecho a la vida de los niños inocentes, el derecho a la libertad religiosa y el desprecio de virtudes como la pureza o la honradez. ¡Hay que tener un corazón y un temple de mártires, como José o como Francisco, para saber defender nuestra fe y nuestros valores!

No se trata sólo de ideas bonitas, porque es lo que el Papa Juan Pablo II pidió a los jóvenes creyentes de todo el mundo, durante la memorable Jornada Mundial de la Juventud del año 2000 en Roma. Recordemos algunas de sus palabras:

Queridos amigos, también hoy creer en Jesús, seguir a Jesús siguiendo las huellas de Pedro, de Tomás, de los primeros Apóstoles y testigos, conlleva una opción por Él y, no pocas veces, es como un nuevo martirio: el martirio de quien, hoy como ayer, es llamado a ir contra corriente para seguir al divino Maestro, para seguir “al Cordero a dondequiera que vaya” (Apocalipsis 14,4). No por casualidad, queridos jóvenes, he querido que durante el Año Santo fueran recordados en el Coliseo los testigos de la fe del siglo XX. Quizás a vosotros no se os pedirá la sangre, pero sí ciertamente la fidelidad a Cristo. Una fidelidad que se ha de vivir en las situaciones de cada día. Estoy pensando en los novios y su dificultad de vivir, en el mundo de hoy, la pureza antes del matrimonio. Pienso también en los matrimonios jóvenes y en las pruebas a las que se expone su compromiso de mutua fidelidad. Pienso, asimismo, en las relaciones entre amigos y en la tentación de deslealtad que puede darse entre ellos.

Estoy pensando también en el que ha empezado un camino de especial consagración y en las dificultades que a veces tiene que afrontar para perseverar en su entrega a Dios y a los hermanos. Me refiero igualmente al que quiere vivir unas relaciones de solidaridad y de amor en un mundo

donde únicamente parece valer la lógica del provecho y del interés personal o de grupo.

Así mismo, pienso en el que trabaja por la paz y ve nacer y estallar nuevos focos de guerra en diversas partes del mundo; también en quien actúa en favor de la libertad del hombre y lo ve aún esclavo de sí mismo y de los demás; pienso en el que lucha por el amor y el respeto a la vida humana y ha de asistir frecuentemente a atentados contra la misma y contra el respeto que se le debe. Queridos jóvenes, ¿es difícil creer en un mundo así? En el año 2000, ¿es difícil creer? Sí, es difícil. No hay que ocultarlo. Es difícil, pero con la ayuda de la gracia es posible, como Jesús dijo a Pedro: “No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (san Mateo 16,17).

6. Cronología

Francisco Castelló Aleu nace en Alicante, donde vive toda la familia por motivos laborales del padre, el día 10 de abril de 1914. Hijo de José y Teresa.

Junio de 1914: muere en Alicante su padre José.

Junio de 1914: llega a Lleida con su madre y sus dos hermanas, Teresina y María.

Septiembre de 1922: se traslada a vivir a Juneda con sus hermanas y su madre, que ejerce de maestra en la escuela del pueblo.

4 de mayo de 1924: primera comunión en la iglesia de la Transfiguración del Señor de Juneda.

10 de marzo de 1929: muere en Juneda su madre Teresa. Los tres hermanos huérfanos se consagran espontáneamente a la Virgen.

1923-1930: alumno en el colegio de los Hermanos Maristas de Lleida.

1930-1933: estudios superiores en el Instituto Químico de Sarriá.

24-29 de marzo de 1932: realiza una tanda de Ejercicios Espirituales con el jesuita P. Román Galán.

1932: entra en la Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña (FEJOC).

1934: obtiene la licenciatura en Química en la Universidad de Oviedo.

1935: trabaja como ingeniero en la fábrica Cros de Lleida.

1 de julio de 1936: ingresa como soldado de complemento en el ejército.

20 de julio de 1936: detenido y encarcelado en el Castillo de Lleida por ser católico.

12 de septiembre de 1936: es trasladado de la cárcel del Castillo a la cárcel provincial.

29 de septiembre de 1936: el Tribunal Popular de Lleida en la Paeria le condena a muerte por declararse católico. Es fusilado a medianoche en las puertas del Cementerio de Lleida.

Terminada la Guerra, años después en 1958 se inicia su Causa de Beatificación junto con otros mártires de la persecución religiosa en España.

El 11 de marzo de 2001 en Roma, es declarado Beato por el Papa Juan Pablo II. Su fiesta se celebra el 28 de septiembre.

José Sánchez del Río

José nació el 28 de marzo de 1913 en la población de Sahuayo, Michoacán, siendo hijo de Macario Sánchez y María del Río.

1913: en la iglesia parroquial de su pueblo, recibió el bautismo el 3 de abril.

1922: hace su primera comunión a la edad de 9 años. Desde que recibiera por vez primera la sagrada Eucaristía, José había tomado la decisión de cultivar una amistad sincera y fiel con Jesús.

José había nacido en el amplio período conocido como la Revolución mexicana (1910 – 1938), periodo en el que también hay que situar la persecución sangrienta contra los católicos y la Guerra Cristera (1926 – 1929). Aquélla fue una época muy difícil para las familias, los pueblos y ciudades de todo el país, por los episodios de violencia constante que se desarrollaban entre las diversas bandas de revolucionarios que se disputaban el poder.

1926: con apenas 13 años logró que sus padres le permitieran enrolarse en las fuerzas cristeras al mando del general Prudencio Mendoza, en la zona occidental de Michoacán.

el 5 de febrero de 1928, durante el transcurso de un combate entre los cristeros y fuerzas federales en las inmediaciones de Cotija, el caballo del jefe Guízar Morfín resultó muerto de un balazo. Entonces, el valiente niño cristero saltó de su montura y se la ofreció a su jefe dirigiéndole estas palabras: “Mi general, aquí está mi caballo. Sálvese usted aunque a mí me maten. Yo no hago falta y usted sí.”

Lo llevan preso primero a Cotija y después lo trasladan a su pueblo natal, Sahuayo, donde ingresa en la parroquia convertida en cárcel. Entre los días 6 y 8 escribe sus cartas desde la prisión, la primera a su madre y la última a una de sus tías donde revela toda su valentía, fe y firme decisión de morir por Cristo antes que traicionarle.

Viernes 10 de febrero de 1928. Al acercarse la hora de su sacrificio, los verdugos comenzaron por desollarle los pies con un cuchillo, pensando que José se ablandaría con el tormento y terminaría pidiendo clemencia a gritos. Al sentir los tremendos dolores en su propio cuerpo, José gritaba ¡Viva Cristo Rey! A continuación, los soldados lo sacaron del cuartel y le obligaron a caminar descalzo con sus pies heridos por las calles empedradas rumbo al cementerio. Su martirio llevaba ya algunas horas, pues pasaban las 11 de la noche cuando llegaron al camposanto. Dios le dio la fortaleza para caminar hacia el sitio de su martirio gritando vivas a Cristo Rey y a Santa María de Guadalupe. Llegados al cementerio, le situaron al borde de una fosa. Uno de los verdugos decidió terminar con él y disparó a la cabeza del mártir. Sus últimas palabras fueron “¡Viva Cristo Rey!” Eran las 11:30 de la noche del viernes 10 de febrero de 1928.

Años más tarde, sus venerados restos fueron exhumados y descansan en la cripta de los mártires del templo del Sagrado Corazón de su pueblo natal.

Fue beatificado junto con otros 12 mártires de Cristo, la tarde del 20 de noviembre de 2005, en el estadio Jalisco de fútbol, de la ciudad de Guadalajara.

En enero de 2016 el Papa Francisco, atendiendo a los informes de la Congregación de las causas de los santos en Roma, firmó el decreto que autoriza la canonización de un grupo de beatos, de diversas procedencias. Entre ellos se encuentra José Sánchez del Río.

El 16 de octubre de 2016, en Roma, el Papa Francisco canonizó solemnemente a José Sánchez del Río, mártir de Cristo Rey.